

VERONIKA MARIAUX

Tener presente a la madre.*

Querría reflexionar en torno a las consecuencias que tiene el reconocimiento de nuestra madre, de la mujer que nos ha traído al mundo, para mí que actúo en el ámbito de la educación. Para presentar enseguida el problema que se me ha planteado en el transcurso del último año, expongo aquí las observaciones siguientes:

Muchas estudiantes se sienten fascinadas por un discurso, por así decirlo, encarnado en un cuerpo femenino; pero cuando de esta encarnación se quiere pasar a un nivel más general, en que el ligamen concreto con la docente quede al fondo, entonces la tensión cae. De manera análoga, he percibido la tendencia a la pérdida del mundo en favor de la relación en el caso de algunas alumnas que han establecido conmigo una relación de *affidamento*. La relación, en vez de ser un trámite para el acceso al mundo de una mujer joven, tiende a convertirse en el centro absoluto de una autorreflexión en la cual el partir de sí a menudo significa también quedarse junto a sí, sin ninguna dialéctica con el mundo.

De los ejemplos se siguen, pues, estos problemas: ¿cómo hacer que la autoridad ejemplar de una mujer sea fuente de libertad en tanto que capaz de mediar con algo fuera de sí misma?

* Traducción de María-Milagros Rivera Garretas. Publicado con el título *Tenere presente la madre*, en Diótima, *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*. Milán: La Tartaruga, 1992, 43-61.

¿Qué es lo que garantiza la individualidad de la más joven sin que corra el riesgo de confundirse con la más mayor?

Una idea para una posible respuesta a estas preguntas se me ocurrió escuchando exponer a Luisa Muraro su teoría del orden simbólico de la madre.¹ Al centro de su elaboración ella pone el reconocimiento o, para ser más exactas, el estar agradecidas a la madre por habernos dado la vida. Partir de este reconocimiento de la propia madre, reconocimiento simbólico porque actitud mental que hace de los sentimientos un dispositivo simbólico, significa introducir un tercer elemento en la estructura de la relación entre mujeres. Ésta puede así adoptar el peso y el lugar que le corresponde: la de ser la sustitución de una relación que va antes, cualitativamente distinta porque no elegida por la hija en tanto que relación imprescindible. Lo que importa es que, en esta óptica, se trata de una sustitución de la madre que restituye la experiencia primaria en vez de cancelarla. La madre mantiene así el lugar que le corresponde, es decir el lugar de origen, pues es la que da la vida, sin desaparecer rápidamente del horizonte a través de una operación de sustitución de carácter metafórico. La sustitución metafórica de la madre se da cuando una mujer considera que hay libertad absoluta en el ponerse en relación con otras mujeres.

Los efectos negativos de la ausencia de la madre en las relaciones entre mujeres. La búsqueda de la madre ausente como círculo vicioso

Anteriormente, el uso metafórico de la palabra madre, tan difundido en los últimos años en el pensamiento de las mujeres, había en cambio alejado una vez más la mirada de la madre real para transferir lo que es exclusivamente suyo, es decir el primer lugar en el *continuum* materno, a una figura femenina que está en lugar de la madre. De nuevo la madre estaba ausente, figura desenfocada que parecía no tener lugar en la práctica política de relaciones entre mujeres. Pienso en particular en la estructura relacional del *affidamento*.² Se pensaba, en realidad, que bastaba con buscarse una mujer con la

que establecer relación de *affidamento* para un proyecto determinado, pero apenas la elegida manifestaba un juicio negativo se descubriría que quizá a esa relación le faltaba necesidad interna. La relación adquiriría un carácter facultativo, por lo que el juicio expresado por la que había sido elegida no resultaba verdaderamente vinculante. Se podía elegir otra, más simpática, más adecuada.

Esta tendencia a la indistinción, la incapacidad de reconocer la necesidad en las relaciones entre mujeres, es consecuencia de la falta de reconocimiento de la madre como origen por parte de la hija, porque este hecho es imprescindible para introducirla en una *estructura necesaria* que le enseñe a reconocer lo que no depende de su voluntad. La libertad no ilusoria sólo se da después de haber aceptado y re-conocido los propios límites y, por tanto, poniéndose fuera del esquema falaz de una elección incondicionalmente libre. Con el uso metafórico de la palabra madre se permitía precisamente esa ilusión: como si la hija pudiera escoger madre.

La madre real es, en cambio, mi condición de vida, ella va siempre antes que yo y yo no tengo opción. Si reconozco este vínculo me será posible reconocer también en las relaciones con otras mujeres qué es lo que, en esa relación, es para mí vinculante y así distinguirlo de lo que no lo es.

De este modo, en el planteamiento originario del *affidamento*, en el que resultaba fácil confundir la relación entre dos mujeres con la relación de la madre con la hija, quedaba también abierto el problema del beneficio que sacaría aquélla con quien hacíamos el *affidamento*. Puesto que el reconocimiento quedaba estrechamente ligado con la situación, con una práctica, sin referirse a una estructura simbólica en la cual estuviera también presente la madre, el reconocimiento mostrado a la más «grande» a menudo no bastaba para hacer de contrapeso de la carga que comportaba el apego de la más joven, que resultaba a veces sofocante por su exigencia totalizadora. Se notaba sobre todo el peso de la materia reprimida en esta relación (la relación primaria con la madre) y quien no estaba dis-

puesta o dotada para un trabajo a nivel psicológico, se retraía: afrontarlo parecía, de hecho, un acto de buena voluntad.

Si se concibe, en cambio, esta relación como elemento estructural de un orden simbólico, entonces ésta se vuelve a un tiempo *necesaria* y *liger*a. Es decir, la más grande sabe que es reconocida a causa de la madre, en presencia de y con ella, sintiendo a un tiempo lo imprescindible de su posición simbólica y la ligereza que de ello se deriva. Precisamente porque esta relación no depende de la voluntad, el problema del beneficio de la *affidataria* deja de plantearse. El beneficio existe, pero por adelantado, es decir en el propio hacerse del orden simbólico del cual forma parte esta relación.

El paso por analogía de la relación madre e hija a la de enseñante / alumna ha tenido otro efecto negativo en nuestras relaciones. De hecho, en la relación entre enseñante y alumna la referencia analógica a la madre ha sido desorientadora: ha provocado una actitud de maternaje y ha hecho que la enseñante represente una figura con la que identificarse. La referencia a la madre real, en cambio, vincula de modo imprescindible y se presenta como tercer polo entre la maestra y la alumna, apartando la relación de cualquier mecanismo de identificación.

El planteamiento en el cual la madre real estaba ausente ha llevado a menudo a la búsqueda afanosa, confiada ésta también a un acto voluntarista, de una «madre simbólica» que acababa siendo localizada en otra mujer de carne y hueso. El riesgo era la idolatría, debida a la reificación del referente simbólico que, para poder permitir el acceso a lo trascendente, debe quedar vacío, como un elemento estructural. Pero, en tanto que la existencia del orden simbólico parecía depender de la voluntad de una, que se sentía responsable, era inevitable una fijación de la mirada hacia lo alto, de la posición de hija a la madre, buscada como ausente y no reconocida presente en la vida de cada una. Hablo de «fijación» para indicar cómo una especie de uso impropio de las facultades intelectuales ha sido la causa del no constituirse autoridad femenina. La mente buscaba en

el exterior, como algo nuevo, lo que ya estaba, lo que bastaba con reconocer para que hubiera orden simbólico, o sea que nuestra madre nos ha traído al mundo. En cambio, con una actitud que confiaba la constitución del orden simbólico a la voluntad, estábamos demasiado aplastadas para poder apartar la mirada de lo que nos hacía falta como fundamento de este orden, es decir, la mujer autorizada convertida en madre «simbólica». La idolatría hacia ella y la ceguera en relación con las otras, a las que no había sido colectivamente otorgada autoridad, son ambas consecuencia de un modo equivocado de búsqueda: el de construir con voluntarismo partiendo de la proyección de sí, en vez de reconocer y nombrar correctamente lo que es.

Este mirar hacia una transcendencia buscada como un pleno encarnado y, por tanto, nunca encontrada, no nos dejaba volver la mirada hacia las más jóvenes, hacia esas mujeres que deseaban, en el fondo como nosotras mismas, la orientación de una autoridad femenina. La mujer concreta a la que otras más jóvenes reconocían espontáneamente autoridad se sentía a menudo bloqueada para ejercerla porque no estaba segura de la fuente de su autoridad y, por tanto, de su legitimación. Y así volvía a empezar, una vez más, la búsqueda de una autoridad «más alta» que ella: un círculo vicioso.

De la relación dual a la tríada

A este punto me parece poder afirmar que el reconocimiento de la madre real hace dar el paso de un planteamiento fundado en dos polos (madre=mujer más grande / hija) a la tríada. La estructura ternaria como fundamento del orden simbólico materno, además de ser un espejo más fiel de la realidad, tiene un efecto de mediación en la relación entre mujeres. Los dos ejemplos propuestos al principio de este texto son testimonio de la urgente necesidad de mediación, problema que está en el centro del pensamiento político y filosófico de las mujeres en Italia desde hace muchos años.³ Un indicador de la tendencia a una vuelta a la propuesta de la fusión también en las relaciones de *affidamento* ha sido la atención que le dedicamos a la objetividad y a la objetivación en el libro *Mettere al mondo il mondo*.⁴

También aquí se pensó en un tercero (el mundo) pero al atribuirle al mundo la tarea de la mediación, la madre fue otra vez sustituida tácitamente, sin nombrar ni reconocer que es la madre el origen que va antes de cualquier sustitución. El recorrido era incompleto, le faltaba el primer paso, fundamental para una representación correcta de la realidad, es decir, el reconocimiento de haber recibido la vida de la madre. Ahora, en cambio, se dice la verdad: están la madre, la hija y la otra. La otra puede sustituir a la madre pero no debe ser confundida con la madre. Este enriquecimiento con un tercer polo de la relación entre dos mujeres contiene ya la matriz de un juego más libre, de una estructura que enseña la mediación.

¿Y qué pasa con el mundo? También el mundo, como la presencia de la madre, es re-conocido, percibido como hecho. Ello requiere capacidad de captar ya dentro de la relación lo que tiene de fáctico y de distinguirlo de aspectos puramente psicológicos y, por tanto, carentes de estructura simbólica. Es la presencia de la madre lo que le da a la más grande la autoridad necesaria para la creación de mundo *en* la relación. El cielo estrellado está también dentro de nosotras, pero sin entrenamiento en captar lo que se da en la relación, se le sigue buscando sólo fuera y por encima de nosotras. De este modo se crea un movimiento pendular entre cuidado de la relación, separada y por una parte, y, por otra, transmisión del mundo, destinado a seguir siendo un cuerpo extraño. Poniendo, en cambio, a la madre entre la alumna y la maestra, el mundo empieza a existir en la relación, dado que la madre es la primera mediadora del mundo para la niña / el niño. Es la figura materna la que despide una luz distinta sobre el mundo, el cual recupera su realidad objetiva precisamente porque liberado de la función mediadora que le había sido asignada. El mundo puede, pues, ser reconocido como algo ya dado y re-inventado como un mundo nuevo. Mi propia preocupación de pérdida del mundo, denunciada en el segundo ejemplo, se debía al miedo a ser reabsorbidas por el orden ya dado, siempre actual en ausencia de reconocimiento de la figura materna. Y mi capacidad de reconocer en cualquier situación qué era lo que se daba como objeto de mediación y, en consecuencia, mi deseo como empuje para la

invención, quedaban bloqueados. La mediación del mundo parece, pues, estar estrechamente ligada con el ejercicio de una autoridad que reconoce su fundamento.

La madre como fundamento de la autoridad magistral

Querría ahora investigar el efecto en la autoridad femenina que procede de este «tener presente a la madre» como fundamento de la relación educativa.

Como he explicado ya, es el saber que se actúa basándose en una estructura en la cual la figura materna tiene una función mediadora entre maestra y alumna lo que vuelve más ligera y por ello más fascinante la tarea educativa. Concebir la relación educativa como estructuralmente fundada así la libera del deber ser, tan frecuente, como decía, en las relaciones políticas entre mujeres.

Tener presente a la madre en el trabajo educativo significa, pues, reconducir a las chicas a su madre. Claro que no como se transmite un contenido, sino como una actitud necesaria para una correcta representación de la realidad. La presencia de la figura materna como mediadora con respecto a las palabras de la maestra se convierte ahora en un referente a una autoridad ya presente en la vida y en la mente de las chicas, es decir, su madre. Reconocer en la madre la fuente de la autoridad magistral aligera el peso que comporta para la maestra el ejercicio de autoridad. La autoridad se vuelve ahora un verdadero elemento estructurador (anclada en la madre) y, en consecuencia, disminuye el miedo a un ejercicio arbitrario de la autoridad al servicio del propio yo. No que este riesgo deje de existir. Pero, puesto que este ejercicio de autoridad, consecuencia de una hipertrofia del yo, es la degradación de un elemento que forma parte de una estructura, se puede combatir como tal, sin cuestionar la autoridad femenina en sí misma.

El miedo al autoritarismo está muy justificado en el ámbito del ejercicio de poder masculino; pero, dada la asimetría que existe

entre los dos sexos, procedente de su distinta colocación frente a la madre, que es el origen de ambos, me parece insensato transferirla por analogía a las relaciones entre mujeres. Indudablemente, es mayor la dificultad de hacer aceptar socialmente la autoridad femenina que el riesgo de su degeneración. Puesto que la meta de nuestro quehacer educativo es la libertad femenina, es evidente -si permanece, por supuesto, firme esta meta- que cualquier actitud autoritaria hace imposible su logro, y se corrige, por tanto, por sí sola.

Un ejemplo de este malogro es el de la palabra repetida. La repetición de la palabra de otra, reconocida como autoridad, indica, entre otras cosas, que ha sido percibido su poder, siempre presente donde hay autoridad, sin que su autoridad haya desarrollado la tarea que le compete: hacer crecer. Un crecimiento se obtiene con un desplazamiento, un ponerse en juego de la más joven, que en el plano de las palabras implica que haya dialéctica en su discurso. La palabra repetida hace ver a las y los que la oyen que hay un poder, hace palanca en lo que hay de no libre en nosotras, hace ver la fuerza disponible, pero no convence porque le falta autoridad. Esta es una explicación de por qué la palabra repetida causa gran escándalo cuando se trata de una palabra femenina. Indica que hay poder femenino, no previsto en el patriarcado. En cambio, la autoridad ejercida con poder, pero no por el poder, hace crecer porque es provocadora, al no estar preocupada por respuestas imprevisibles, a las que en cambio excluye el actuar interesado en el mantenimiento del poder.

Es el principio materno lo que le da seguridad a una mujer en el ejercicio de su autoridad porque le hace de ancla que ayuda a espantar a los fantasmas de un fundamento solipsista de la propia autoridad. Pasar por la mediación materna en una articulación triangular diferenciada ayuda a evitar el riesgo de unidimensionalidad que se corre en un planteamiento dual. La necesidad de la tercera vale también para la relación con la madre, porque ésta no agota la riqueza de las relaciones sociales en que habitualmente nos toca vivir. Hay que subrayar, por tanto, que las posiciones en la tríada no son intercambiables por rotación. La madre está en el vértice porque

es el origen, la hija más abajo aunque es ella la que efectúa el reconocimiento. La otra está a su lado.

«Tener presente» a la madre quiere decir, entre otras cosas, buscar formas de coparticipación real de las madres, lo cual se da ya en la escuela de hoy, pero sin que a esta participación le haya sido reconocido un lugar en el orden simbólico. Quiere decir, en cualquier caso, trabajar para hacer que niñas y chicas lleguen a ese cambio de perspectiva que les lleve a dejar de observar a la madre desde un punto de vista masculino según el cual ella acaba, casi siempre, por parecer menos importante e incisiva que el padre o que otros hombres. Reactivar este hilo roto por la genealogía masculina no significa declarar ideológicamente que las madres tienen razón y los padres no, sino hacer a las hijas capaces de una mirada a la madre que no sea de rencor sino más bien de gratitud. Sólo esta mirada reconocedora permite a la hija captar lo interesante, lo auténtico, que la madre (u otra mujer) le dice. Sólo situándose fuera de la medida masculina vigente puede ella contratar realmente con la madre, porque con una figura juzgada *a priori* como inferior no se contrata sino que se pelea, sin que se lleve a cabo nada. Y, como sabemos bien, el último paso en este camino de deportación es la ruptura con la madre, su represión.

Tejer y no cortar

«Tener presente a la madre» da, en cambio, cuenta de la continuidad que es inherente a la genealogía femenina. La hija está ya desde su nacimiento en el «*continuum* materno», mientras que el hijo tiene que «romper» con la madre para entrar en la genealogía de su sexo. Para la hija, por tanto, el hacerse individua no puede proyectarse como copia de la individuación masculina, sino que puede solamente suceder en la fidelidad a su posición genealógica: la única vía que tiene en cuenta esta realidad *es alejarse teniendo presente a la madre*⁵ y no prescindiendo de ella. «Tener presente» alejándose me parece que es lo que crea sentido también en las relaciones entre mujeres. Ésta podría ser la explicación de por qué la ruptura con una mujer me ha parecido con frecuencia un hecho tautológico, un gesto

hiperrealista que no estaba en una relación justa con lo que estaba ocurriendo. Un alejamiento mediado por la otra da visibilidad a los vínculos y, a través del nombrar lo que ocurre, se gana un saber sobre la relación que con el corte hubiera sido reprimido. Alejarse desde la mediación triádica permite, en cambio, tener presente, no reprimir lo que ha sido, utilizarlo como material para combinarlo con otras cosas, para *tejer en vez de cortar*.

La inclinación, tan frecuente, de las adolescentes a dedicarse al cuidado de las relaciones sociales, a menudo con una necesidad excesiva de armonía,⁶ podría así adquirir un sentido que no es de abnegación sino más bien de construcción de realidad ordenada. «Tejer en vez de coger y cortar» toma entonces un significado de restitución adecuada de la realidad (*continuúm* materno). Ese gusto de poder que procede de la capacidad de tejer relaciones, y que las chicas corroboran, no sigue enriqueciendo a la sociedad masculina sin que la implicada obtenga un beneficio.

Volviendo a los problemas planteados al principio, se podría pues observar que la tríada determinada según un orden interno tiene la ventaja de situar a la mujer concreta de manera inequívoca. En tanto que maestra, no puedo ponerme en el lugar de la madre o de la alumna. Es la colocación lo que da claridad y orden y es indispensable para decir palabras verdaderas y para actuar en conformidad con ellas. La colocación según un orden simbólico en el que está ya inscrito un tercer elemento vuelve, además, difícil la confusión entre dos porque es al mismo tiempo distancia y mediación. Por otro lado, la presencia de la madre en la tríada legitima la autoridad femenina, que así puede desarrollar su función liberadora: libre de preocupaciones por el reconocimiento de sí y del propio fundamento, la autoridad femenina vuelve a traer equilibrio ⁷ en la relación, generando libertad femenina.

Anotaciones a la redacción del texto

Querría añadir unas palabras referidas al cambio que ha sufrido

este texto desde que fue expuesto en el Gran Seminario hasta la redacción actual. En el texto inicial había una parte sobre la atención que las mujeres más mayores, las enseñantes, deberían dedicar a las más jóvenes. Chiara Zamboni me hizo la observación de que este planteamiento presentaba el riesgo de hacer perder de vista lo que verdaderamente cuenta porque crea desequilibrio en el orden de poder precedente, o sea la autoridad femenina. Al principio no estuve de acuerdo porque de autoridad femenina habíamos hablado ya a menudo en el pasado y por tanto ahora, invirtiendo la dirección de la mirada, pensaba que sería justo hablar poniéndose como de la parte de las más jóvenes. Pero me daba cuenta de que aquella segunda parte tenía un tono moralista, un poco ideológico. Por eso decidí volverla a escribir, pero sólo para quitar este efecto, aunque no sabía cómo hacerlo. Trabajándolo me di cuenta de que quizá el problema había nacido del fingir un punto de vista que no podía ser el mío y que era, aparte de no realista, una negación de esa inversión de la mirada de que había hablado en primer lugar. Mientras trabajaba en el texto me parecía, en cambio, que ya en el modo de plantear el discurso (ejemplos de la experiencia educativa) y en la colocación en mi punto de vista estaba incluido mi asumir autoridad. Esto me muestra lo difícil que es hacer un discurso en el ámbito de la pedagogía sin recaer en la costumbre de fabricar reglas universales (las famosas recetas). Creo en cambio que un planteamiento correcto permite «solamente» que se utilice la propia colocación para ver las otras, con la máxima apertura y disponibilidad.

Aparte de la deuda evidente al pensamiento de Luisa Muraro querría señalar aquí puntos de contacto con Chiara Zamboni en lo que se refiere a «la necesidad» liberadora con respecto a la postura ética y con Diana Sartori por la imagen de la «textura».

notas:

1. Sobre el concepto de reconocimiento a la madre, véase Luisa Muraro, *Per il senso di sé. Piacere-Libertà-Azione*, en: Associazione D.I. Firenze, eds., *Inviolabilità del corpo femminile*, «Atti del corso di Aggiornamento 2 marzo-11

maggio 1990. En su libro *L'ordine simbolico della madre*, Roma: Editori Riuniti, 1991, p. 54-57, Luisa Muraro explica cómo la «sustitución equivale a la restitución» (p. 57) después de haber reflexionado largamente sobre la disponibilidad de la madre para dejarse sustituir y sobre la capacidad de la «criatura» para aceptar la sustitución.

2. Elaborada por la Librería de mujeres de Milán a principios de los años ochenta; se da aquí una descripción de cómo fue vivida en la práctica.

3. Véase la expresión «entre mí y el mundo una mujer», en uso a principios de los años ochenta en el movimiento de mujeres y desarrollada por la Librería de mujeres de Milán en *No creas tener derechos* (trad. Madrid, Horas y HORAS, 1991), que ponía a la otra mujer como mediación con el mundo, en un momento histórico en que se había llegado a la «ajenidad» como modalidad femenina del estar en el mundo.

4. Véase Diótima, *Mettere al mondo il mondo*, Milán: La Tartaruga, 1989.

5. Anna María Piussi, en una ponencia en el Centro Cultural «Virginia Woolf» B, en abril de 1990, habló de «educar en el alejarse» en el sentido de «una especie de transferencia de las relaciones. En este sentido, alejarse no toma la connotación de la separación sino significa más bien proceder idealmente al infinito sin separarse nunca, precisamente porque se dispone y se ha aprendido a disponer de mediaciones femeninas.» (p. 7-8, mecanografiado).

6. Me refiero aquí a la observación hecha por Betty Zamarchi en una reunión del Grupo Pedagógico en invierno de 1991 a propósito de la pérdida de valentía y de curiosidad hacia el mundo al llegar a la adolescencia, a favor de un dilapidarse como benefactoras en lo social.

7. La autoridad femenina tiene un efecto desequilibrador de la relación porque obliga a la que se enfrenta a tomar nota de la disparidad y a situarse frente a la autoridad misma, constringe a un gesto que es libre en tanto que imprevisto e imprevisible. El desequilibrio determina una acción en la que la afectada se ve obligada a inventar la mediación que ella individualmente necesita en esa situación concreta. Es esto lo que hace crecer.